

EL DISCURSO DEL PADRE SANTO A LOS MEDICOS SOBRE EL PARTO SIN DOLOR

A. PREÁMBULO

Los vehementes deseos de que el parto se realice sin dolor son un anhelo natural, explicable en toda mujer que va a ser madre. Hay que suponer, pues, y de ello tenemos constancia, que desde hace muchos siglos esto se viene intentando, si bien de una manera científica solamente desde hace poco más de un centenar de años, cuando fueron conocidos los primeros anestésicos. Desde entonces, numerosas drogas y métodos se han ido ensayando, con mayor o menor fortuna, pero nunca a completa satisfacción del tocólogo: unas veces, por interferir la marcha del parto normal; otras, por complicaciones inmediatas o tardías en la madre o el hijo; de vez en cuando algún caso fatal, irreversible, en la madre, sin contar las dificultades de otros muchos para sacar adelante algún recién nacido en el que no llegaba a normalizarse la respiración.

Se comprende la cautela del médico consciente, católico, para utilizar tales drogas en un parto catalogado como fisiológico, enteramente normal. Es por ello por lo que la aparición de los métodos psicoprofilácticos, métodos que no necesitan el recurso de ninguna medicación, haya sido recibida con el mayor entusiasmo.

¿Cuál es el fundamento de estos métodos?: La escuela del famoso fisiólogo ruso PAVLOV —famoso por sus estudios sobre los reflejos condicionados— dió a conocer en 1920, en Ucrania, su “método psico-profiláctico-analgésico para el parto”, basándose en que la maternidad, por ser una función fisiológica, debería ser indolora, lo mismo que ocurre con la defecación, etcétera. Parece ser que en los albores de la Humanidad así debió ocurrir, y que aún en la actualidad algo semejante ha sido comprobado en las mujeres de algunas tribus salvajes, muy primitivas, como todavía se encuentran en algunas zonas aisladas de los continentes africano y americano (DICK READ). Si el parto se ha trocado así y como hoy lo conocemos es porque, a través de los siglos de civilización, una serie de factores de primordial componente psíquico han determinado una verdadera “herencia psicológica” de que el parto es doloroso, a partir de aquellas parturiciones

que, siendo anormales, forzosamente tuvieron que resultar dolorosas. En la mente de la que va a ser madre se ha fijado un reflejo condicionado cuyo punto de partida es la contracción uterina, y su respuesta, el dolor; reflejo que, imbuído en las mujeres de nuestra sociedad durante años y años, se refuerza y aviva por múltiples circunstancias durante el curso del embarazo, principalmente del miedo y de una atmósfera de terror creada por las conversaciones, las lecturas improcedentes o la experiencia de un parto anterior.

En consecuencia, los que aceptan estas ideas intentan hacer desaparecer de la conciencia de la futura madre esos falsos prejuicios, educándola y preparándola convenientemente para cuando llegue el parto, que debe transcurrir como un acto natural.

Un ejemplo puede ayudar a comprender mejor estas ideas. Supongamos que dos personas han de arribar a un determinado sitio, emplazado en plena selva, a través de kilómetros de difícil acceso. De estas dos personas una ha sido prevenida de los peligros que pueden surgir y preparada convenientemente para combatirlos, y, por añadidura, entrenada para seguir la ruta más favorable, que ha practicado ya varias veces; la otra, desconocedora en absoluto de tales peligros, tiene que abordar, temerosa, un camino que no sabe si conducirá al punto deseado, reduciéndose todos sus informes a confusos y pavorosos detalles imprecisos. ¡Qué duda cabe de que la primera marchará con una seguridad diferente, sin vacilaciones, frente a la segunda, indecisa y desorientada, que con su estado de tensión y de miedo hará aún más complicado el llegar a feliz término!

Una calle oscura, desconocida, en un paraje solitario, puede ocasionarnos una impresión de miedo. La misma calle, con la misma oscuridad, una vez bien conocida, ya no nos impresiona lo más mínimo.

Pues esto es, ni más ni menos, lo que se intenta hacer en la mujer gestante, para conseguir el parto natural. Quitar la ignorancia; eliminar toda idea de miedo y terror; sustituir los viejos reflejos condicionados, causantes del dolor, por otro que consiste en controlar la respiración adecuada para cada momento; atenuar el estado de tensión cuanto sea posible mediante la relajación psíquica y física, y, finalmente, buscar la flexibilidad de las articulaciones y potencia en los músculos que entrarán en juego para la expulsión fetal del claustro materno, mediante suaves ejercicios gimnásticos.

Esto supone un programa que lleva tiempo y paciencia, pues el médico, con sus ayudantes, ha de informar a la gestante de lo que es la esencia y la mecánica del parto, de cómo realizar los diferentes ejercicios físicos y acostumar a la mujer al estado de relajación, lo cual, ciertamente, es casi

lo más difícil de conseguir. Contraer nuestros músculos está al alcance de cualquiera, pero lograr su relajación es bastante más difícil. Durante el sueño estamos relajados, pero inconscientes, y lo que intentamos es buscar un estado semejante, pero con plena conciencia.

Los métodos psico-físicos son, fundamentalmente, dos: el de los autores rusos, en donde lo principal es la anulación de los perjudiciales reflejos condicionados, y el otro, el del "parto natural", de DICK READ, cuyo autor entiende que lo más importante es el miedo. Generalmente, se hace ahora una cosa mixta, ya que la finalidad de ambos procedimientos es lograr el *parto sin temor*. Entendemos que así se debe denominar el alumbramiento según estos métodos, ya que ellos no suprimen totalmente el dolor; las contracciones de la matriz durante la parturición se sienten, pero de una manera perfectamente soportable. Si a la futura madre se le ha inculcado la idea de que la maternidad resulta completamente indolora, puede creerse engañada y convertirse en una detractora del método. Por otra parte, no todas las mujeres son apropiadas ni se puede intentar de cualquier modo. Exige un trabajo del tocólogo en "equipo", pues necesita comadrona, instructor, etcétera, siendo necesaria la asistencia del parto en una maternidad o clínica apropiada.

Con todo, los resultados, en el mejor de los casos, no pasan de un 85 por 100 de éxitos; y de esta cifra, aproximadamente, la mitad todavía se quejan algo. Solamente cuando los métodos psico-físicos se combinan con algún tipo de medicación analgésica, entonces se logra una maternidad casi sin dolor.

Las estadísticas de los numerosísimos autores que ya los han ensayado dan números muy variables, pero tanto más favorables cuanto mayor experiencia tienen. Muchos de ellos afirman que en el primer año los fracasos fueron casi el doble que al año siguiente. Y es que no solamente la ejecución de un programa bien estudiado conduce al éxito; es necesario también que el médico tenga confianza en el método, y ella se va ganando a medida que se perfecciona. El "clima psicológico" favorable al método es necesario no solamente por parte de la gestante, sino también en el tocólogo.

ANTONIO FERREIRA

Maternólogo del Estado

B) REFLEXIONES ACERCA DEL DISCURSO

I

Importancia de la intervención pontificia (1)

Entre las numerosísimas y variadísimas intervenciones del Padre Santo, en que ha tocado temas trascendentales del dogma, de la moral o de la ciencia, no es fácil establecer una gradación en cuanto al éxito alcanzado por la resonancia mundial de las mismas, o por la aceptación universal de los puntos de vista claramente definidos por el Sumo Pontífice. Con todo, es fuerza reconocer que esta de ahora, sobre la que va a versar el comentario que sigue, habida el 8 de enero último, ante un grupo de médicos del Secretariado Internacional "Médicos Católicos", ha alcanzado una difusión extraordinaria, excepcional.

Una primera impresión, al recorrer las páginas de la prensa diaria, deja en el ánimo la duda de si muchos de los que han acogido alborozados el discurso y han tomado a su cargo el propalarlo a todos los vientos, se han dado cuenta perfecta de en dónde está exactamente la importancia de su contenido: la que justifica plenamente la soberana intervención del Pontífice.

Es muy posible que, influidos fuertemente por la nota sentimental, lo mejor de las palabras del Papa, lo único digno de destacarse y de archivar como punto de partida para futuras disquisiciones acerca del tema, sea, para no pocos, la conclusión de que no hay nada de ilícito en el hecho de procurar aliviar o quitar totalmente los dolores del parto. Y francamente, nos parece a nosotros que esto solo no justifica la petición de los respetables médicos, ni la aceptación del Papa para hacer oír su autorizada palabra, cuando, al fin y al cabo, ello no entraña, en sí mismo, ni supone un problema moral inquietante y difícil, que no haya sido tocado y resuelto satisfactoriamente por los teólogos, sobre todo, últimamente, con motivo de los adelantos científicos en orden a la eficacia analgésica o anestésica de ciertas aplicaciones.

(1) Nos servimos de la traducción del discurso que trae "Ecclesia" en su número del 14 de enero. Usa, a su vez, "Ecclesia" la traducción de la Oficina de Prensa del Vaticano. La seriedad del órgano de la Dirección Central de la Acción Católica Española nos ahorra el haber de esperar la posibilidad de consultar fuentes de información más próximas al Vaticano.

Escribimos este comentario muy a raíz de la pronunciación del famoso discurso.

Es mucho más interesante la razón última que ha determinado esta actuación del Papa, y sus enseñanzas tienen más apreciado valor que el que indudablemente también tendrían si se hubiera limitado a asentar firmemente la conclusión a que nos referíamos (2).

No siempre preside la idea cristiana, ni siquiera una intención naturalmente honesta, en las actividades de los sabios, que tienen la responsabilidad del gobierno intelectual de los hombres. Cuando, en nombre de la ciencia, se pretende abrir brecha en la solidez de los fundamentos dogmáticos o morales del catolicismo, entonces puede ser oportuna y decisiva la llamada de atención de la Sede inmovible de Pedro, no para acudir a un peligro real de agrietamiento o bamboleo, que no lo puede haber, sino para descubrir la mala fe de los enemigos de siempre, y para poner en guardia a los débiles y a los sencillos, objeto preferente y directo de los ataques de quienes, convencidos o no, sostienen que la religión es sólo apta para mentalidades estrechas, para espíritus asustadizos, que viven de creencias supersticiosas, no de verdades firmes contrastadas por el estudio de las leyes del Universo.

Y algo de esto hay, o ha habido, en la proclamación, por parte de los sabios, de un nuevo avance o descubrimiento de la ciencia, y en la salida al paso del Soberano Pontífice, para dejar las cosas en su sitio, con la seguridad y aplomo que da la conciencia cierta de estar en posesión de la verdad.

El parto normal, vienen a decir, por ley de naturaleza, no tiene que ir acompañado de dolor; igual exactamente que sin dolor se realizan todas las operaciones naturales, cuando cada órgano y cada miembro reaccionan ante su propio objeto, obedeciendo a las leyes fijas que determinan y acompañan su actividad. Si se da el dolor en los casos normales de parto, ello se debe a *reflejos condicionados*, a una posición psicológica preconcebida, efecto de una labor secular de preocupaciones, de fobias, de ideas fijas y obsesionantes, que han creado una causa ficticia, en donde falta absolutamente la realidad objetiva.

La posibilidad de barrer todo este virus del ánimo de las embarazadas y de las parturientas, con una preparación adecuada, física y psicológica, demuestra la verdad del descubrimiento. Pero entonces, ¿qué fe merecen las Escrituras cuando nos narran el castigo divino conminado contra Eva pecadora: *parirás con dolor*? Si el proceso orgánico que acaba en la salida a la luz de un nuevo ser es esencialmente análgico o sin dolor, y sólo *por*

(2) La conclusión de referencia se contiene, ciertamente, en el discurso pontificio, o se deduce claramente de la argumentación del Papa, para certificar de la absoluta licitud del método psicoprofláctico. Decimos, con todo, que la intención del Pontífice va más allá o no se limita exclusivamente a ella.

occidente se sigue el dolor en los casos normales, ¿qué sentido puede tener ese castigo, tan fácilmente soslayable? Y en ese caso, ¿se nos habla de un castigo que no ha sido jamás conminado, o se trata más bien de un castigo que quien lo ha impuesto es impotente para hacerlo eficaz? (3).

Hasta pretender dejar flotando estas dudas, o sembrarlas en las mentes, puede haber llegado la intención, abierta o solapada, de algunos.

Por otra parte, la corriente que se pudiera formar, al margen de los principios saludables de la Religión, en orden a liberar al hombre de la penalidad, arrastra residuos materialistas, contrarios al concepto espiritual de la vida del hombre y al valor redentor del sufrimiento.

He aquí, a nuestro juicio, lo que da interés particular a las palabras del Papa acerca del parto sin dolor. Por lo demás, pueden tranquilamente seguir ensayando los tocólogos el nuevo método, con la rectísima intención de convertir en agradable, en todos los órdenes, el momento del parto, hasta ahora generalmente tan temido.

Esto supuesto, vamos a limitar nuestro comentario al problema moral de la supresión del dolor, y al problema teológico del dolor, con referencias al discurso pontificio.

II

Problema moral de la supresión del dolor

Se puede hablar, en efecto, de problema o de cuestión: es decir, de verdad no evidente, sino por demostrar; porque el dolor físico, como, en general, el sufrimiento de todo género, es, en cierto modo, consustancial al hombre caído. Por donde no solamente parece que es imposible llegar a vencerle totalmente, en la lucha contra él, sino que difícilmente no se tropezará, al poner en juego medios adecuados para combatir el dolor físico, con valores superiores, por respeto a los cuales habrá que resignarse a veces a dejar seguir su curso no interrumpido a las causas determinantes de las reacciones dolorosas en el organismo humano.

Podemos formularnos dos proposiciones, no difíciles de demostrar, en orden al tema que nos ocupa:

(3) "Para entender bien estas palabras (del Génesis, 3, 16)—dice el Papa—es necesario considerar la condena impuesta por Dios en el conjunto del contexto... Castigando a Eva, Dios no quiso impedirle, y no ha impedido a las madres, el utilizar los medios apropiados para hacer el parto más fácil y menos doloroso. A las palabras de la Escritura no es necesario buscar una escapatoria; permanecen verdaderas en el sentido entendido y expresado por el Creador; la maternidad dará mucho que sufrir a la madre. ¿De qué manera precisa ha concebido Dios este castigo y cómo lo ejecutará? La Escritura no lo dice."

1.ª *Desear la supresión del dolor físico, y procurar con medios a propósito su consecución, no tiene, en sí mismo, nada que contrarie los dictámenes de la recta razón: de la desnuda razón que juzga a la sola luz de las exigencias de nuestra naturaleza, o de la razón esclarecida con la lumbré de la Revelación.*

2.ª *Como los valores integralmente humanos no quedan reducidos a lo puramente animal o fisiológico, ni son algo relativo en el tiempo, sino que trascienden el orden físico, y se clavan en lo eterno, en lo absoluto: la verdad absoluta, la belleza absoluta, el bien absoluto; la supresión del dolor será un bien recto que lícitamente podemos intentar, cuando no se oponga a otros fines más elevados y más dignos de ser respetados por el hombre.*

Decimos, en primer lugar, que en el desear y en el procurar la supresión del dolor no hay, de por sí, nada ilícito. No puede haberlo, cuando es la misma naturaleza la que reacciona espontáneamente contra el dolor, en todo ser viviente: las contracciones del organismo, los procedimientos mecánicos de autodefensa, y en un plano superior, la queja, el llanto, el alarido, no son otra cosa que la expresión de la lucha de la naturaleza por la supresión del dolor.

El discurso de la razón no tiene por qué oponerse, en el hombre, a este sacudimiento natural de la carga insostenible del dolor, que, al fin y al cabo, es un mal; o mejor, el denunciador de una imperfección cuya enmienda se convierte en bien digno y apetecible.

De consiguiente, en el trabajo por desembarazarse del dolor físico, consciente o inconscientemente, se quiere destruir el mal que impide el disfrute de un bien: de la vida, de la salud, o del simple bienestar, racional y honesto, como los bienes citados, por cuanto se hace necesario, como condición indispensable para el desarrollo de la actividad racional y consciente. Cuando aprieta el dolor, es sobrehumano dedicarse a algo que no sea a resistirle para vencerle, o a aguantarle.

Esto nos dice la desnuda razón. ¿Dice algo distinto la razón alumbrada por la Revelación?

Sabemos por la fe que el dolor es un castigo: la pena del pecado. Pero esto, ¿quiere decir que, como reos que sufren justa condena, no nos quede más que resignarnos ante el dolor? Ante el dolor que no tiene humano remedio, sí; pero no ante el dolor cuyas causas caen dentro del dominio de la inteligencia del hombre.

Y no solamente el ataque *indirecto* al dolor está plenamente justificado, por lo razonable y justo del ataque *directo* a lo que son sus causas mediatas o próximas, impuesto por la ley de la caridad para con nosotros mismos,

que nos manda velar por nuestra vida, por la integridad de nuestros miembros, por nuestra salud corporal; sino la lucha misma contra el dolor, *como dolor*, sin más ulterior finalidad que la de liberarnos de él, tiene su justificación en el hombre como cristiano, o sea como elevado a lo sobrenatural.

Por de pronto, en su razón de mal y de estorbo para nuestra actuación racional y meritoria delante de Dios. Pero, además, en cuanto que la lucha contra él representa la aplicación a su propio objeto de nuestras facultades superiores, con destino nativo para dominar sobre todo lo que les es naturalmente inferior. La inteligencia se aplica justamente en la inquisición de la verdad, y la voluntad se siente irresistiblemente arrastrada hacia el bien. Es, de consiguiente, racional y cristiano —la gracia no destruye la naturaleza—, que, rehuyendo lo malo y persiguiendo el bien, se entregue la inteligencia a la búsqueda de la verdad del dolor, para contrarrestarle.

El progreso en la conquista de la verdad es un deber que se reduce al que se sigue de la necesidad en que estamos de habernos de valer, por nosotros mismos, para lograr el fin último de nuestra existencia; sobre todo, el fin temporal, subordinándolo ciertamente al fin eterno y sobrenatural, cooperando, como se sobreentiende, con la divina gracia. Esto quiere decir que si la naturaleza ha provisto a los irracionales de medios suficientes para librarse, en lo posible, de las incomodidades y penalidades inherentes a la existencia; para nosotros, la inteligencia es, o puede ser, medio para lo mismo. Por lo mismo, en el hecho de aplicarla a hacer desaparecer las causas del dolor, o a contrarrestar los efectos de ellas, cuando no fuera posible hacerlas desaparecer, no hay desorden alguno, aun en el supuesto de ser el dolor un castigo.

Y efectivamente, aparte del dolor físico, quedan todavía, en el hombre, sufrimientos mucho más hondos y penosos que él, que escapan totalmente a la intervención de nuestra voluntad libre; imposibles, por lo tanto, de evitar, los cuales son bastantes y sobrados para hacer verdadero, por mientras dure el tiempo, el castigo del pecado.

Queda, pues, en pie, suficientemente demostrada, la verdad de la primera proposición: no hay desorden alguno en buscarse uno mismo la liberación del dolor. Tampoco lo puede haber en buscar ese mismo fin para los demás. Es un acto de caridad y objeto de deberes profesionales que reclama la convivencia social. Son bienhechores de la Humanidad quienes arrancan, a fuerza de estudio sacrificado, sus secretos a la naturaleza, que avariciosamente los viene ocultando a través de los siglos, haciendo curables enfermedades que no lo eran, o no lo parecían. disminuyendo la mortalidad, o simplemente haciendo menos penosos y más tolerables, males,

remedios u operaciones, de que no nos podemos ver libres, dada nuestra condición actual en la tierra (4).

Añadimos, sin embargo, que en la lucha por la supresión del dolor hay que respetar siempre los fines superiores, que tienen valor primordial y absoluto con respecto al fin, de suyo recto, de evitarnos el sufrimiento físico.

Así, es claro para todo hombre que no sienta la ofuscación momentánea o habitual de la ignorancia, del error, de la desviación mental o pasional, no ser lícito quitarse la vida para liberarse del sufrimiento, por injustos, por atroces, por inaguantables que sean los dolores. La vida es un valor superior, del cual somos sólo usufructuarios: lo debemos a Dios, que es su autor, y se ha reservado el derecho de disponer de él; lo debemos a la sociedad, que tiene derecho a beneficiarse de él, en provecho de la comunidad; nos lo debemos a nosotros mismos, por cuanto, mientras lo poseamos, contamos con la posibilidad de aspirar por la consecución de nuestro perfeccionamiento en tiempo y eternidad, y de insistir en los medios para ello.

Proporcionalmente, habrá que respetar, en la lucha por la supresión del dolor, los valores espirituales que pudieran comprometerse por el empleo de ciertos procedimientos eficaces, en cuanto a contrarrestar el influjo de los trastornos dolorosos, peligrosos, sin embargo, en cuanto que pueden impedir totalmente o dificultar en mayor o menor grado el ejercicio de nuestras facultades superiores, las específicas del hombre; sobre todo, cuando este inconveniente no hubiera de ser momentáneo o temporal, sino duradero. Entra aquí de lleno la doctrina de los teólogos acerca de la licitud del uso de calmantes, de estupefacientes, de narcóticos; la licitud de la eutanasia, de operaciones arriesgadas, como la psicocirugía, que puede suprimir las causas de dolores insoportables, pero a costa, acaso, de un cambio decisivo, y no para bien, de toda la psicología del enfermo.

Se comprende sin dificultad que, ante la sana razón, ha de valer incomparablemente menos una vida placentera, eufórica, indolora, pero desprovista de capacidad para reaccionar, en todo momento, como hombre racional y cristiano, que la vida amargada por el dolor físico, contenido sabiamente dentro de un grado que deje totalmente libre la actuación de la conciencia. Esta, viva y despierta, nos mantiene en la elevada esfera de ra-

(4) "Infligiendo este castigo a los primeros padres—habla el Papa—y a su descendencia, Dios no quiso impedir ni ha impedido a los hombres el investigar todas las riquezas de la Creación, hacer que la cultura progrese paso a paso, contribuir a que la vida de este mundo sea más soportable y hermosa, suavizar el trabajo y la fatiga, el dolor, la enfermedad y la muerte; en una palabra, someter a sí la tierra."

cionales. En cambio, un cuerpo insensibilizado, que se ha hecho inepto para ser instrumento del alma, nos convierte en cosas sin espontaneidad, sin dominio sobre nosotros mismos, sin fines elevados que proponernos en el obrar.

Bajando al detalle del caso concretó que motiva estas reflexiones, en la madre pregnantada hay derechos de un tercero, que no se pueden desconocer ni violar, mientras se usa del derecho, legítimo de suyo, a suprimir o aminorar el dolor: es el derecho que tiene el hijo a su vida, a su salud, al afecto materno, a nacer con la seguridad de verse expuesto en seguida, y para mientras viva, a contratiempos que hagan penosa su existencia. Y no es ya mero deber de caridad, en la madre, el salvaguardar estos derechos del hijo, que, al fin y al cabo, no le es extraño en ninguno de los órdenes de la vida (5).

Por lo que se refiere, ya más en particular, al nuevo método para conseguir el parto sin dolor, solamente el motivo inmoral de quien lo aplicara o de quien se lo dejara aplicar podría hacer malo, en el sujeto, lo que en sí mismo no tiene nada de reprochable. "La enseñanza dada sobre la obra de la naturaleza en el parto —dice el Papa—, la corrección de la interpretación falsa de las sensaciones orgánicas y la invitación a corregirlas, la influencia ejercida para hacer desaparecer la angustia y el temor infundados, la ayuda concedida para que la parturienta colabore oportunamente con la naturaleza, conserve su calma y el dominio de sí misma; una creciente conciencia de la grandeza de la maternidad en general, y en particular de la hora en que la madre da a luz al hijo; todos éstos son valores positivos a los cuales no hay nada que reprochar; son ventajas para la parturienta plenamente conformes a la voluntad del Creador."

No solamente quedan, en la aplicación de este método, sin el menor daño esos otros valores y derechos a que arriba nos referíamos, sino que positivamente puede favorecerlos, por cuanto pone en condiciones inmejorables de actuación el ánimo de la interesada, sin el peligro que entrañan otras aplicaciones, quizá más fáciles y más rápidas. Todavía más: "Bajo otros aspectos —subraya el Soberano Pontífice—, el método puede dar resultados moralmente positivos. Si se logra eliminar el dolor y el temor al alumbramiento, se disminuye a menudo, por lo mismo, el incentivo a cometer acciones inmorales en el uso de los derechos del matrimonio."

(5) Al principio de su discurso hace referencia el Sumo Pontífice a su alocución del 29 de septiembre de 1949 al IV Congreso Internacional de Médicos Católicos. En ella se tenían en cuenta estos derechos de tercero como condición para el empleo lícito, sin ningún género de duda, de métodos para la eliminación del dolor en el parto.

Pero, ¿qué motivos o razones subjetivas pueden viciar, en quienes se las propongan, un acto en sí mismo irreprochable? La alusión que hace el Papa a la posibilidad de proponerse motivos no rectos en el empleo de este nuevo método, confirman nuestra afirmación del principio, de que el interés y principal finalidad de este discurso no está precisamente en la sola afirmación de la licitud de procurar la eliminación del dolor en el hombre, mas concretamente en el acto de dar a luz un nuevo ser.

Quien, prescindiendo de fines rectos y humanos, o quienes, sin excluirlos, buscaran en la aplicación de este método psicoprofiláctico hacer falsa, por ejemplo, una afirmación: *parirás con dolor*, que tenemos por revelada, evidentemente desvirtuarían totalmente la bondad del acto concreto. Sin embargo, y seguimos comentando la idea del Papa, “el motivo inmoral no transforma la asistencia buena en una cosa mala”. Por el solo interés que ofrece científicamente el método, estaría justificada su aplicación, siendo tan clara la ausencia de cualquier desorden objetivo. Por lo tanto, aun prescindiendo de intenciones más levantadas, en quienes son parte activa o parte pasiva en su uso, sólo esa razón, que se da necesariamente, confiere el derecho a no tomar prácticamente en cuenta la cooperación material que pudiera verse en el hecho de prestarse al trabajo por la confirmación científica del descubrimiento nuevo, con respecto a aquellos que persiguen fines innobles.

Es verdad, como dice el Papa, que “una asistencia buena en sí no puede justificar un motivo malo o dar la prueba de su bondad”. No lo es menos que en el caso de muchos que ponen su parte en una acción, con fines objetivos buenos, que interesan al bien común, cada uno será responsable ante su conciencia de los motivos que han permitido determinarle a *hacer* o a *dejarse hacer*.

La licitud moral del nuevo procedimiento está tan al abrigo de toda objeción seria, como que la confirmación posible de su verdad, en el terreno de la ciencia, dejará íntegra y sin posible fisura o menoscabo la verdad de nuestra fe y de nuestra moral católica.

III

Problema teológico del dolor

“El nuevo método se presenta a menudo —dice el Papa— como formando parte de una filosofía y de una cultura materialista y en oposición a la Sagrada Escritura y al cristianismo.”

Es muy natural, como también reconoce el Pontífice, que un pensamiento y una concepción de la vida según inspiración materialista dé toda

ra importancia, la máxima posible, a estas investigaciones de la ciencia, encaminadas a hacer agradable o menos difícil esta existencia de ahora, la única que se reconoce como propia del hombre, con la cual se acabaría todo él. El dolor no puede significar otra cosa, en este supuesto, que un enemigo irreconciliable de la felicidad posible del hombre: es lógico que se acumulen esfuerzos para destruirle.

Sin embargo, "el cristianismo no interpreta el sufrimiento o la cruz de un modo puramente negativo". En la vida del hombre, considerada en su finalidad última sobrenatural, juega un papel importantísimo, como medio de redención o de rehabilitación. Sabemos que la eficacia de los sufrimientos de Jesucristo, *varón de dolores*, exige nuestra cooperación; la cual damos de manera más amplia y generosa cuando no solamente aceptamos resignadamente lo irremediable, sino que buscamos clavarnos más fuertemente con el Redentor en su Cruz.

La lección de Jesucristo, la de su Madre Santísima, la de todos los Santos, la de todos los hombres grandes del cristianismo, valen para nosotros infinitamente más que lo que pueda representar, en su aspecto científico o moral, la labor desinteresada de los sabios en pro de la Humanidad doliente. Por consiguiente, siempre será verdad que junto al valor positivo que representa una nueva conquista de la verdad de este mundo inferior que nos está sometido por ley de naturaleza, es incomparablemente superior el valor de perfeccionamiento espiritual, integralmente humano, que encierra la aceptación voluntaria del *derramamiento de sangre*, en expresión paulina.

Junto a esta afirmación incontrovertible, conviene no olvidar lo que ya al principio recordábamos: el dolor es inseparable de la vida del hombre sobre la tierra. Aun supuesta la verdad del fundamento en que pretende apoyarse el nuevo método del parto sin dolor, el éxito completo de su aplicación no se podrá garantizar *para siempre y para todos los casos* que hacen posible su experimentación. Además, al lado de los partos que se presentan *normales*, hay y habrá siempre otros muchos que son y serán el final temible de un proceso que se ha salido de los cauces ordinarios de los embarazos felices: para estos casos el nuevo método no es eficaz; o por lo menos no se nos ofrece como seguro más que para el parto normal.

En cambio, en nuestra tesis católica, no hay trance doloroso de la vida, o trauma psíquico o somático, originador del sufrimiento físico, que no se someta a la aplicación segura y eficaz de una referencia inmediata a Dios, repartidor providencial, entre los hombres, de penas y de alegrías, con sentido de satisfacción redentora por las propias culpas o con anhelo comuni-

tario de sumarse, para bien de la Humanidad pecadora, a las innumerables falanges de héroes cristianos, que han marcado su paso por la historia con las huellas ensangrentadas de su ascensión penosa a la cumbre del Calvario, cargando, como otros cirineos, con el peso de la Cruz del Salvador

Ni la razón, ni la Teología, tienen ninguna objeción que oponer al deseo de la futura madre que quiera aprovechar los descubrimientos de la ciencia para ahorrarse las dificultades de un parto doloroso. Pero el concepto cristiano del dolor debe dar a toda madre la conciencia de lo que, en el orden superior de la gracia y del mérito sobrenatural, puede significar para ella el éxito sólo parcial o el fracaso total de la parte del hombre en su deseo caritativo de hacerle bien, soportando el dolor “con Dios y obedeciendo a su voluntad”.

Se abstiene el Papa, muy justamente, creemos, de recomendar explícitamente el preferir abrazarse generosamente con la cruz del sufrimiento, a aprovechar las facilidades que se ofrecen a cualquiera para rehuirla. Sin embargo, las postreras observaciones de su discurso son muy interesantes a este respecto. “El cristiano—dice—, aunque aplauda los nuevos descubrimientos científicos y los utilice, rechaza todo lo que sea apoteosis materialista de la ciencia y de la cultura. Sabe que éstas ocupan un lugar en la escala objetiva de los valores; pero sin que este lugar sea el último, no es tampoco el primero. También, en cuanto a ellas, el cristiano repite hoy como ayer y como siempre: “Buscad ante todo el reino de Dios y su justicia”.

No queremos sembrar el pesimismo, ante el optimismo que, al parecer, ha despertado el conocimiento de la nueva técnica del parto sin dolor y de la autorizada intervención pontificia. Sin embargo, los teólogos, que necesitamos para muchas de nuestras conclusiones prácticas de los datos precisos de la técnica o de las ciencias físicas, tenemos bastante experiencia de la cautela con que hemos de proceder antes de decidirnos a tomar por principios inconcusos e irrefutables lo que por tales nos dan los sabios (6).

“Está científicamente comprobado—reconoce el Papa—que existen reflejos condicionados, en general... Pero que esté ya probado (o por lo menos, que se pueda probar de esta manera) que los dolores del alumbramiento

(6) Por el momento, las primeras reacciones de los técnicos, a seguida del discurso del Papa, son muy prometedoras. Estamos, con todo, al principio, podemos decir, de la experiencia. Ya han aparecido artículos de iniciación. Se han tenido conferencias y se anuncian los primeros libros sobre materia tan de actualidad.

Quizás no sea todo *trigo limpio*; es decir, puro amor a la Humanidad. No importa, sí, al fin y al cabo, el bien se hace.

De cualquier forma, oro de ley, y de los más finos quilates, serán siempre aquellas palabras del Evangelio que repite aquí el Papa: “Buscad, ante todo, el reino de Dios y su justicia” (Mat., 6, 33).

miento son debidos únicamente a esta causa, no es una verdad evidente para todos en la hora actual. También algunos críticos serios formulan reservas respecto al axioma que afirma, casi "a priori": "todos los actos fisiológicamente normales y, por tanto, el nacimiento normal, deberían realizarse sin dolor".

No cabe dudar que ante esta inseguridad objetiva, hoy por hoy, repitámoslo con el debido respeto a los estudiosos, de las bases en que se sustenta el nuevo método psicoprofiláctico, se acrecienta más todavía el valor y el aprovechamiento práctico de la teología del dolor.

Efectivamente, si, en contra de lo que se afirma, el dolor en los partos normales no fuera efecto de reflejos condicionados, sino obra de la naturaleza misma, que aprovecha el dolor, sobre todo en el estado actual de pecado, como medio para avivar la conciencia de la madre sobre la grande importancia de la maternidad y para unir más estrechamente los lazos afectivos de la madre con el hijo, en provecho de toda la especie y, particularmente, del individuo, cuya vida temporal y eterna depende en tan gran parte de la madre, ¿no habría en ello un motivo más de aceptación alegre y generosa de los dolores del parto, que tanto enaltecen, dentro del concepto cristiano de la vida del hombre, el acto transcendental de darle a luz?

Con esto no pretendemos desvirtuar el alcance de la afirmación, arriba sentada, acerca de la absoluta licitud de procurarse la mujer, por este nuevo método un parto tranquilo e indoloro. Queremos solamente encerrar en sus justos límites las aseveraciones pontificias, que ingenuamente pudieran exagerarse contra la mente clara del Papa.

Muy bien que en provecho de todos se ensayen procedimientos con la sana intención de ir ganando terreno al dolor, enemigo de la felicidad relativa a que el hombre puede aspirar en este mundo. Pero que no olvide el cristiano que si el dolor nos roba algo de la paz de aquí abajo, nos dispone en gran manera para aumentar la felicidad absoluta del Cielo. Esto último no tienen por qué considerarlo *directamente* los sabios, en su función de tales; pero cuadra perfectamente con la mente del Papa en su discurso.

ANTONIO PEINADOR, C. M. F.
Catedrático en la Facultad de Teología
de Salamanca